

XII Jornadas de Sociología de la UNLP

Mesa N° 14: América Latina para entenderte mejor. Disputas hegemónicas, modelos de desarrollo y clases trabajadoras en el país y la región.

Título: Populismo o Bonapartismo Sui Generis, una discusión conceptual.

Autores:

Asse, Segundo (estudiante FAHCE - UNLP) - segundoasse@gmail.com

Tomatti, Nina (estudiante FAHCE - UNLP) - ninatomatti04@gmail.com

Introducción

En el presente trabajo procederemos a analizar los desarrollos en torno al concepto de populismo, trabajado a partir de los textos de Viguera, “Populismo y neopopulismo en América Latina” y el de Vilas, “El populismo latinoamericano, un enfoque estructural”. A su vez, defenderemos por que consideramos más oportuno y útil el término de bonapartismo sui generis desarrollado por Trotsky en sus Escritos latinoamericanos, bajo su exilio en México.

Consideramos que hay puntos de contacto entre los análisis con las categorías y problemáticas que desarrollaba Trotsky, por lo que nos detendremos en diversos aspectos que son útiles para entender las diferentes visiones que existen entre los autores mencionados. Sobre esta base intentaremos demostrar por qué la categoría del revolucionario ruso es más adecuada para pensar las particularidades de América Latina.

Como retomamos del propio Viguera: “Si lo que se busca es, entonces, un concepto que dé cuenta efectivamente de elementos generales de la realidad de América Latina en un determinado periodo, es evidente que el de populismo no sirve en ninguna de sus formulaciones vigentes” (Viguera, 1993). Acordando con esta definición, desarrollaremos algunas de las características del concepto populismo, y sus límites, para a continuación presentar la propuesta de Trotsky.

Breve introducción al concepto de populismo

En su trabajo, Viguera señala que bajo el rótulo de populismo hay una multiplicidad inabarcable de interpretaciones. Sin embargo, las ordena en función de dos ejes principales, aquellas interpretaciones del populismo que pondrían el foco en una cierta forma de dominación política e ideológica, y las que se centran en las prácticas económicas y sociales, que Vilas denominara enfoque estructural, y sobre el cual nos centraremos en el próximo apartado.

Los principales referentes de la primera línea de interpretación son Germani, Di Tella, Carmagnani, Bobbio, y Laclau. Germani explica el populismo a partir de una diferenciación entre la incorporación de las masas a la política en Europa y en América Latina. Mientras en el primer caso se supone paulatina y ordenada a través de reformas y participación en partidos políticos, en el caso latinoamericano surgirían formas degradadas de la actividad política que constituyen el populismo. No entendemos de qué incorporación paulatina habla, cuando en Europa se desarrollaron procesos agudos de lucha entre clases, tales como la Revolución rusa y la Revolución alemana. Coincidimos, sin embargo, en que hay diferencias importantes entre el desarrollo de países europeos y latinoamericanos en esta cuestión, que retomaremos luego. El sociólogo se refiere a las masas movilizadas como “disponibles” para que diferentes grupos políticos se apoyen en ellas y capitalicen su irracionalidad. Como señala Viguera, este es un punto problemático común a estas interpretaciones donde las masas aparecen como una base de maniobra manipulable, lo cual les quita agencia, cuando, como veremos, fueron un actor social fundamental del período en toda América Latina. El elemento de verdad con el que cuenta esta afirmación de Germani, es que de hecho, a las masas se les otorga un nuevo lugar en la escena política, sin embargo intentaremos demostrar que este lugar se debe justamente a la actividad e iniciativa de las masas (que desarrollaremos más abajo, retomando los aportes de Trotsky).

Este es un sesgo interpretativo bastante común entre los diversos autores, por ejemplo, Di Tella sostiene un enfoque similar al de Germani, y a partir de esta caracterización común sobre las masas disponibles, desarrolla el elemento policlasista del populismo. Este elemento del policlasismo es interesante para pensar, ya que aparece en la matriz de varias de las formaciones que suelen considerarse populistas, pero, tal como señala Carmagnani “el populismo es una estrategia de dominación política instrumentada por los sectores dominantes para neutralizar la posible movilización autónoma de los sectores populares ante el fracaso o descomposición del sistema político oligárquico”. Esto es importante, ya que no es policlasista en el sentido de que diversas clases sociales se encuentren en igualdad de condiciones o representadas al mismo nivel, sino que la burguesía se apoya en distintos sectores para lograr su dominación. En ese marco, se puede analizar la caracterización de Bobbio que considera que el rasgo fundamental del populismo es la apelación al pueblo. Si bien es una realidad que es un elemento que puede encontrarse, es tan amplio que puede englobar en sí los más variados procesos políticos.

El que lleva esta lógica al extremo es Laclau, que plantea que el populismo no se define por sus bases sociales, un tipo de régimen, o una superestructura de un proceso social y

económico, sino que es una dimensión ideológica que se puede dar en diversos casos. No solo que consideramos que no se pueden disociar la política y la ideología de sus bases materiales. Sino que esta definición ideal, es tan amplia y abstracta, que, como bien señala Viguera, le permiten a Laclau encontrar populismo en el fascismo, el peronismo y la revolución socialista.

Para la línea de interpretación que aparta el foco de la dominación política, nos centraremos ahora en el trabajo de Vilas, característico de la línea de interpretación que se centra en las prácticas económicas y sociales.

Condiciones estructurales y el desarrollo desigual y combinado

Para entender las particularidades del contexto latinoamericano y el marco en el que se desarrollan los llamados gobiernos populistas con sus respectivas características, es importante también contar con una visión del marco general en el que se engloban. En este sentido, se ponderan las condiciones estructurales y económicas analizadas por los autores. Teniendo en cuenta la relación con los países capitalistas y entendiendo a su vez, que estas condiciones estructurales, y la relación con los países imperialistas, también hacen a la formación y el desarrollo de las clases sociales dentro de estos países, y las políticas que se llevan a cabo en ellos, en este caso, las del conceptualizado populismo. En esta clave, desarrollamos algunos puntos de los autores para acercarnos a las condiciones estructurales del mismo.

Viguera, en su análisis destaca las conceptualizaciones del populismo que lo definen a partir de sus políticas sociales y económicas, distinguiendo a estas posturas interpretativas de las que ponen el eje en las cuestiones ideales y políticas. Entre ellas, destaca las visiones provenientes del marxismo y de la “teoría de la dependencia”. Se desarrolla en estas visiones, el populismo como un momento del desarrollo del capitalismo latinoamericano a partir de la crisis del modelo agroexportador, entonces, con la base en la industrialización por sustitución de importaciones, la intervención estatal, y su rol en incorporar a los sectores populares a través de medidas redistributivas, surge el populismo. Retoma a Vilas, a Weffort y Touraine, entre otros. Vilas, sobre quién nos detendremos a continuación, define al populismo como una estrategia de acumulación de capital, diferenciando la ampliación del consumo como parte de este modelo, de la visión de actos de justicia social u otros, además de introducir que no necesariamente la ampliación coincide con la redistribución del ingreso. Sobre Weffort, retoma la base del populismo en la crisis de hegemonía luego de la crisis del 30, y de éste como un factor de legitimación del sistema político a través de la incorporación

de las masas a partir de satisfacer sus necesidades. Por último, de Touraine destaca el hecho de que lo interpreta como una reacción por parte de los países dependientes a la dominación del capital extranjero, esto tiene centralidad en el Estado a partir de su apelación al pueblo.

Deteniendonos ahora sobre el análisis de Vilas, comienza señalando las diferencias y desigualdad entre los países latinoamericanos y los que cuentan con un capitalismo desarrollado, indica que “Las peculiaridades latinoamericanas se ubican en el plano de las formaciones económico-sociales de la región, vale decir en la manera en que el capitalismo penetró en las sociedades locales, en la forma en que se desarrolló el proceso de su articulación con las formas de producción preexistentes y a las que finalmente subordinó -y al modo en que las subordinó-, a las modalidades de articulación de estas formaciones periféricas con las formaciones capitalistas desarrolladas” (Vilas, 1988). El autor luego resalta que “Ocurre sin embargo que el capitalismo no se desarrolla de una vez y simultáneamente en todos los sectores y regiones. Su desarrollo es un proceso largo y contradictorio de expansión en profundidad y en extensión, que consolida sus propias relaciones de producción al par que las proyecta sobre nuevas regiones y grupos de población”.

Este aspecto nos parece fundamental, y tiene una similitud con el enfoque analítico de Trotsky, con el denominado concepto del desarrollo desigual y combinado, que le permitía analizar la combinación entre elementos que se trasladan de países con un nivel de capitalismo “avanzado” (como se les refiere en la tradición marxista clásica, que no implica un sesgo en el sentido liberal del “progreso”), con las condiciones de las regiones que no habían tenido ese desarrollo, por ende tampoco contaban por ejemplo con las relaciones de producción propias del sistema, o con los consumos que este implica. Veamos cómo lo desarrolla Trotsky: “El desarrollo de los países atrasados presenta un carácter combinado. En otras palabras: la última palabra en tecnología, economía y política imperialistas se combina en estos países con el estado atrasado y primitivo tradicional. Esta ley puede ser observada en las esferas más diversas del desarrollo de los países coloniales y semicoloniales, incluso en el movimiento sindical. El capitalismo imperialista opera aquí de la manera más cínica y abierta. Transporta a un terreno virgen los métodos más perfeccionados de su dominación tiránica” (Trotsky, 1940).

Una de las características importantes para entender esto, es que la industria latinoamericana se había desarrollado en relación a las necesidades del capitalismo internacional, tal como señala Vilas, que además resalta que el hecho de que la articulación entre los países latinoamericanos y los que cuentan con un capitalismo desarrollado, haya resultado en

ganancias extraordinarias para países periféricos no se contraponen con su efecto limitador de la expansión social y espacial de las relaciones capitalistas de producción, el capitalismo avanzado subordina a estas formas atrasadas reproduciéndolas.

Trotsky también hace eje en desarrollar la subordinación de los países latinoamericanos a los desarrollados, y de la débil burguesía nacional frente a las imperialistas, mostrando a la vez sus límites, señala que “en muchos de los países latinoamericanos, la ascendente burguesía nacional, buscando una mayor participación en el botín y esforzándose por aumentar la medida de su independencia -es decir, por conquistar la posición dominante en la explotación de su propio país-, trata de utilizar las rivalidades y conflictos de los imperialistas extranjeros con este fin. Pero su debilidad general y su retrasada aparición les impide alcanzar un nivel más alto de desarrollo que el de servir a un amo imperialista contra otro. No pueden lanzar una lucha seria contra toda dominación imperialista y por una auténtica independencia nacional por temor a desencadenar un movimiento de masas de los trabajadores del país, que a su vez amenazaría su propia existencia” (Trotsky, 1938).

Vilas destaca como aspecto importante a su vez, la dependencia de los países latinoamericanos, en un doble sentido, en tanto importación de los bienes producidos de las potencias capitalistas, y a su vez, como países exportadores, la reglamentación del intercambio desigual que favorece a los países avanzados. Desde este punto es que se desarrolla, en ligazón a la industrialización por sustitución de importaciones, el cambio que pasa a existir en cuanto al consumo personal de los países latinoamericanos y la producción en ese sentido. Señala que sólo después de la Segunda Guerra Mundial algunos países de la región lograron exportar algunos productos de las nuevas industrias (más que nada se destinaba al consumo interno), pero ni bien esta terminó, la posibilidad de dicha exportación también lo hizo.

El autor también destaca el surgimiento de pequeños establecimientos industriales, a partir de las circunstancias del mercado internacional y las políticas de los estados latinoamericanos, sin embargo, no se planteaba hasta entonces, en relación a este aspecto la incorporación de las masas en el consumo. Luego de la crisis de 1929 la industria de América Latina dio un salto y aumentó su oferta, expandiendo en cierta medida el consumo de otros sectores sociales, sin embargo, la base de esto se encuentra en el aumento del empleo urbano.

Los límites del concepto

Como señalamos al principio, recuperando a Viguera, el problema en general del concepto populismo es que no logra ser representativo de los fenómenos a los que quiere referirse

(tampoco está del todo claro *a qué* quiere referirse). Ambas líneas de interpretación señalan, aun con las críticas que se les pueda hacer, algunas que desarrollaremos, importantes elementos que pueden estar presentes en algunos de los casos que en general buscan englobarse bajo el rótulo. Pero los diversos conceptos de populismo que se han desarrollado son, o demasiado específicos, y por lo tanto refieren a gobiernos particulares, o tan amplios que se pierde de vista la especificidad de los casos de los que quieren hablar.

La interpretación de Germani, además de una visión que podríamos llamar en criollo, un tanto “gorila”, por la visión despectiva de la actividad de las masas, se choca con el análisis empírico de esas supuestas masas “disponibles”. Y es que las mismas no estaban “disponibles”, estaban organizadas en formaciones que no eran peronistas, y cargaban con una experiencia de organización previa. El carácter policlasista puede encontrarse por fuera de Latinoamérica. Y ni hablar de la apelación al pueblo, ya señalamos los problemas de Lacau.

Económicamente identificar el populismo con la industrialización por sustitución de importaciones y la distribución de ingresos, a decir de Vilas, tampoco resiste el análisis empírico de los casos concretos, ni siquiera de los populismo “clásicos” (cardenismo, varguismo y peronismo). El rol del Estado y la estatización de los sindicatos tampoco es específica de la región o el periodo (desde ya relativo) de lo que suele llamarse populismo.

Un concepto así, por tanto, no es operativo para interpretar tendencias generales de las formaciones económicas, políticas, sociales, e ideológicas de una región que a pesar de las especificidades particulares por país, presenta importantes elementos de desarrollos común. Lo cual desde ya explica la búsqueda de un concepto que las englobe. Pero las principales formulaciones del populismo no han logrado hacerlo, a nuestra forma de ver, porque esta marcada separación en dos líneas de interpretación se produce ya que los análisis han tendido a poner el foco en la dimensión supoertuctual, o estructural, pero no en un enfoque que englobe dialécticamente ambas. Es por esto que defenderemos a su vez una interpretación marxista, dialéctica materialista, la de bonapartismo sui generis, e intentaremos demostrar por que es más útil, no porque pueda dar cuenta de todo fenómeno latinoamericano, sino porque señala una lógica de funcionamiento de las tendencia generales del capitalismo en América Latina, que permite englobar aspectos de dominación política e ideológica, pero también económicos y sociales.

Bonapartismo sui generis

Trotsky desarrolla el concepto de bonapartismo sui generis a partir del caso de Cardenas, el cual pudo observar de cerca en su estadía forzada en México. Sin la construcción conceptual que puede esperarse de un académico, sino a la manera revolucionaria, es decir, sobre la intervención en la realidad, la cual busca explicarse para pensar cómo transformarla. Desde este punto no hay una sistematización del concepto, pero sus implicancias pueden rastrearse en cantidad de artículos que desarrolló en el periodo de su exilio.

Este desarrollo parte de la ley del desarrollo desigual y combinado que hemos recuperado más arriba, y busca explicar una particular forma de desplegar el poder estatal, basado en la relación que se establece entre las clases sociales del continente, enmarcado en el capitalismo como sistema internacional, con el peso del imperialismo, no solo en su sentido político, sino económico. Desde este punto el desarrollo del capitalismo latinoamericano y sus clases, busca enmarcar estas formaciones específicas, regidas sin embargo por las “leyes generales” del capitalismo, por ejemplo, la lucha de clases. Para Trotsky el cardenismo es inexplicable sin la revolución mexicana.

El concepto de bonapartismo sui generis es referido de esta forma: “En los países industrialmente atrasados el capital extranjero juega un rol decisivo. De ahí la relativa debilidad de la burguesía nacional en relación al proletariado nacional. Esto crea condiciones especiales para el poder estatal. El gobierno oscila entre el capital extranjero y el nacional, entre la relativamente débil burguesía nacional y el relativamente poderoso proletariado. Esto le da al gobierno un carácter bonapartista sui generis, de índole particular. Se eleva, por así decirlo, por encima de las clases. En realidad puede gobernar o bien convirtiéndose en instrumento del capital extranjero y sometiendo al proletariado con las cadenas de una dictadura policial o maniobrando con el proletariado, llegando incluso a hacerle concesiones, ganando de este modo la posibilidad de disponer de cierta liberalidad en relación a los capitalistas extranjeros. La actual política (del gobierno mexicano), se ubica en la segunda alternativa; sus mayores conquistas son la expropiación de los ferrocarriles y de las compañías petroleras” (Trotsky, 1939). El peso del capital extranjero se debe a la forma en que este penetra en las formaciones atrasadas, dándoles este carácter desigual y combinado. Pero esta penetración acelerada y menos evolutiva que la que tuvo el capitalismo en su origen genera las contradicciones señaladas, un fuerte desarrollo del proletariado (que se combina con la cuestión campesina, de fuerte peso en la época), no así de una tan fuerte burguesía nativa, que nace atada al imperialismo, atada por la dependencia. El peso de la lucha de clases también se explica por esta combinación, no solo el capital exporta sus formas de dominación, la clase trabajadora también exporta las propias de combate, no atraviesa un periodo tan largo de

formación sino que rápidamente se consolida como un actor central de la nación. La presión que ejerce el proletariado, junto al campesinado, obliga al poder estatal a hacer equilibrio entre estas fuerzas, la de los oprimidos y explotados, y la de los explotadores imperialistas. En este doble problema del poder estatal y la débil burguesía nacional se enmarcan los juegos a ambos bandos, apoyarse en una u otra fuerza, o en combinaciones. Sobre las medidas más progresivas de Cardenas, dice el revolucionario ruso: “Estas medidas se encuadran enteramente en los marcos del capitalismo de Estado. Sin embargo, en un país semicolonial, el capitalismo de Estado se halla bajo la gran presión del capital privado extranjero y de sus gobiernos, y no puede mantenerse sin el apoyo activo de los trabajadores. Eso es lo que explica por qué, sin dejar que el poder real escape de sus manos (el gobierno mexicano), trata de darles a las organizaciones obreras una considerable parte de responsabilidad en la marcha de la producción de las ramas nacionalizadas de la industria”. Similar a como señala Viguera cuando plantea: “Es un modelo desarrollista de acumulación de capital en el que se propone una supuesta alianza entre clases, cuando la burguesía conserva hegemonía y a los sectores populares se los subordina a los intereses de ella, plantea que “el populismo implica en ese sentido movimientos contradictorios, ya que moviliza a la clase obrera en apoyo del modelo de desarrollo, pero a la vez controla los alcances de dicha movilización con el objeto de mantenerlos en los límites compatibles con el funcionamiento del sistema capitalista” (Viguera, 1993).

Síntesis del enfoque estructural y superestructural

Como se ve, el enfoque de Trotsky parte de la estructura dependiente del capitalismo latinoamericano, sus clases sociales, las necesidades económicas de dicha estructura, y a su vez explica a partir de estos elementos la peculiar forma de llevar adelante una dominación política, que dialécticamente, se retroalimenta de la base material. El peso otorgado a las organizaciones obreras de este punto es una opción pero también una necesidad, tanto por la propia actividad obrera como por la presión imperialista. Este es el sustento también de discursos policlasistas, que ubican al “pueblo”, burguesía nacional-proletariado-campesinos, como un bloque anti imperialista. Pero esta es una cara de la dominación política. Cuando la misma no funciona, la burguesía imperialista le impone a sus socios menores, la burguesía nacional, el método de la dictadura, como queda claro en el caso argentino, pero también el chileno, así como en otros.

Sobre la estatización de los sindicatos, la visión de Trotsky a nuestro parecer también se aleja de una interpretación que pone a las masas en un rol pasivo, manipulable. La tendencia que

reconoce en México, y que podemos rastrear en todo el continente, es qué la clase trabajadora, por lo menos importantes sectores, busquen superar los límites que los bonapartismos o la propia burocracia impongan. Por esto no pueden permitirse sindicatos verdaderamente independientes y democráticos. Pero esto no se debe a la manipulación, sino a una combinación entre concesiones, represión dirigida, tejer alianzas con sectores de las burocracias con el gobierno, y a su vez una opción por una estrategia política de conciliación de clases y reforma. Desde ya nos parece errada, pero para nada irracional. Reiteramos, es la iniciativa de las masas la que empuja a estos gobiernos a tomar sus medidas más radicalizadas. Cuando estás no son suficientes para mantener en los marcos del capitalismo de Estado, se echa mano de la represión más abierta. La burguesía nacional, contra sus propios intereses corporativos de mayor independencia respecto al imperialismo, sacrifica posiciones para unirse con el capital extranjero para erradicar la autonomía del proletariado y el campesinado que cuestionan no solo al imperialismo, sino también su propia dominación. Como vemos, el enfoque de Trotsky, al analizar a partir de la estructura y superestructura, ligándolas dialécticamente, permite englobar aspectos de las dos líneas de análisis desarrolladas, tanto por Viguera como por Vilas, escapando a su vez de las limitaciones que estás presentan.

Referencias Bibliográficas

Trotsky, León (2013). Escritos latinoamericanos, en México (1937-1940). Ediciones IPS-CEIP.

Viguera, A. (1993). "Populismo" y "neopopulismo" en América Latina. Revista mexicana de sociología 55(3), 49-66.

https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.16222/pr.16222.pdf

Vilas, Carlos, "El populismo latinoamericano: un enfoque estructural", en desarrollo económico núm 111, octubre-diciembre, 1998.